



EL PASAJERO

ULRICH ALEXANDER BOSCHWITZ

Berlín, noviembre de 1938. Otto Silbermann es un empresario judío, un hombre que hasta la llegada al poder del Partido Nazi había sido un miembro respetado de la sociedad. Una mañana, aporrean la puerta de su piso: vienen a detenerlo, a despojarlo de sus bienes; quizá, incluso, a ejecutarlo. No es un suceso aislado: por toda la ciudad y con el benéplacito de las autoridades se producen arrestos y linchamientos de los que Silbermann es testigo. Lo imposible parece estar ocurriendo. Sin nadie a quien recurrir, consciente de ser el blanco perfecto del odio, procura pasar desapercibido, hacerse invisible y huir. Aferrado a un maletín que contiene todo el dinero que ha conseguido salvar del expolio, toma un tren tras otro, recorriendo Alemania mientras trata de hallar la manera de cruzar la frontera y fugarse al extranjero. Sus días transcurren entre trenes, andenes, restaurantes de estación. Silbermann conocerá la indiferencia de muchos, la compasión de unos pocos y, ante todo, el feroz rostro del miedo.

Novela testimonial de Ulrich Alexander Boschwitz, autor precoz que falleció trágicamente antes de cumplir los treinta años, el manuscrito de *El pasajero* pasó décadas olvidado en el Archivo del Exilio de la Biblioteca Nacional de Alemania, hasta ser descubierto y publicado en 2018 en Alemania, convirtiéndose en un verdadero acontecimiento literario. Retrato de la aterradora realidad de la persecución de los judíos durante los *pogromos* en 1938, nunca antes se había reflejado en una obra literaria, de manera tan realista y emocionante, con un sentimiento tan penetrante de angustia y urgencia, la asfixiante atmósfera de la época, haciéndonos partícipes de la lucha por la dignidad de un hombre frente a la injusticia.

NOTA A LA EDICIÓN ALEMANA

La copia mecanografiada que sirve de base a este libro se realizó a partir de noviembre de 1938, justo después de los pogromos que tuvieron lugar en Alemania, la tristemente célebre Noche de los Cristales Rotos que dio inicio a la persecución sistemática de los judíos. Para entonces el autor, que tenía veintitrés años, había logrado huir del país. En Luxemburgo, y en parte también en Bruselas, escribió en pocas semanas esta novela sobre el comerciante judío Otto Silbermann y su peripecia vital. Esta copia mecanografiada, escrita originalmente en alemán, llegó a Fráncfort del Meno en la década de 1960, después de varios rodeos, y allí se conserva hoy, en el Archivo del Exilio de la Biblioteca Nacional de Alemania. Hasta febrero de 2018 no vio la luz en lengua alemana. Como entonces las circunstancias no le permitieron a Ulrich Alexander Boschwitz revisar su manuscrito de la manera habitual –con la ayuda de una editorial, un editor o un corrector–, se ha hecho ahora, ochenta años después de su redacción y con la autorización de la familia, una cuidadosa edición que dé la forma que merece a esta conmovedora e impresionante obra.

PETER GRAF

CAPÍTULO 1

Becker se levantó, dejó su puro en el cenicero, se abotonó la chaqueta y, con actitud condescendiente, puso su mano derecha en el hombro de Silbermann.

—En fin, Otto, cuídate. Creo que estaré de vuelta en Berlín mañana. Si ocurre cualquier cosa, me llamas a Hamburgo.

Silbermann asintió.

—Sólo te pido un favor —dijo—: no empieces a jugar de nuevo, tienes demasiada suerte en el amor. Además, pierdes... nuestro dinero.

Becker soltó una risa de fastidio.

—¿Por qué no dices mejor «tu dinero»? —preguntó—. ¿Es que acaso alguna vez, una sola...?

—No, eso no —se apresuró a interrumpirlo Silbermann—. Es sólo una broma, lo sabes, pero aun así sabes que eres imprudente. Una vez te pones a jugar, te cuesta parar, y si antes has cobrado ese talón...

Silbermann interrumpió la frase y continuó hablando en un tono más sosegado:

—Tengo plena confianza en ti. A fin de cuentas, eres una persona razonable. Pero me apena cada marco que pierdes en la mesa de juego. Y como socios que somos, que pierdas tu dinero me desagrada tanto como si fuese el mío.

La cara ancha y bonachona de Becker, que por un instante se había plegado en unas arrugas malhumoradas, se iluminó de nuevo.

—No nos engañemos, Otto —dijo en tono jovial—. Cuando pierdo, lo que pierdo es tu dinero, por supuesto. Yo no poseo ninguno —añadió, y soltó una risotada.

—Somos socios —repitió Silbermann con énfasis.

—Claro —dijo Becker, poniéndose serio de nuevo—. Entonces, ¿por qué hablas conmigo como si fuera tu empleado?

—¿Te he ofendido? —preguntó Silbermann, en un tono en el que se mezclaban cierta leve ironía y un débil temor.

—Tonterías —respondió Becker, adulador—. ¡Viejos amigos como nosotros! Tres años en el frente occidental, veinte años colaborando, unidos. Vamos, hombre, no puedes ofenderme, a lo sumo haces que me enfade un poco. —De nuevo le puso la mano en el hombro—. Otto —dijo ahora con voz enérgica—. En estos tiempos de inseguridad y en este turbio mundo hay sólo una cosa en la que uno puede confiar: la amistad. ¡La verdadera amistad entre hombres! Tenlo muy presente, viejo amigo, para mí tú eres un hombre, y un hombre alemán, no un judío.

—Lo soy, soy judío —dijo Silbermann, que conocía la predilección de Becker por las frases faltas de tacto y poco concisas y temía que éste pudiera perder el tren debido a su manera brusca pero sincera de desahogarse. Pero Becker tenía uno de esos momentos suyos de exaltación y no permitiría que le descontaran ni un solo segundo.

—Quiero decirte una cosa más —anunció sin prestar atención al nerviosismo de su amigo, al que tantas veces, quizá demasiadas, había abierto su corazón—. Soy un nacionalsocialista. Dios sabe que nunca te lo he ocultado. ¡Si fueras un judío como los demás, un auténtico judío, hubiera seguido siendo tu procurador, pero jamás me habría hecho tu socio! No soy el típico *goy* que se presta a dar reputación a un judío^[1], no lo soy ni lo seré nunca, pero tú eres un ario en el cuerpo de un judío. Estoy convencido. ¡En el Marne, el Yser, el Somme, nosotros dos, chaval! Que alguien venga a decirme que tú...

Silbermann miró a su alrededor buscando al camarero.

–¡Gustav, vas a perder el tren! –dijo, interrumpiendo al otro.

–¡Me importa un bledo el tren! –dijo Becker, sentándose de nuevo–. Quiero tomar otra cerveza contigo –dijo, emocionado.

Silbermann dio un breve puñetazo sobre la mesa.

–Por mí puedes seguir emborrachándote en el tren –replicó, alterado–. Tengo que acudir ahora a esa negociación.

Becker resopló, ofendido.

–Como quieras, Otto –respondió, transigiendo–. Si yo fuera antisemita, no te aguantaría ese tono de sargento. ¡Por lo general, no se lo permito a nadie! Sólo a ti. –Entonces se puso de pie una vez más, cogió el maletín de la mesa y dijo, riendo–: ¡Y aun así insistes en ser un judío!

Con gesto de fingida admiración, sacudió la cabeza, hizo un nuevo gesto de asentimiento a Silbermann y abandonó la sala de espera de primera clase.

Su amigo lo siguió con la mirada. Silbermann comprobó con inquietud que Becker se tambaleaba un poco al caminar, chocaba contra las mesas y se mantenía recto como una vara, como hacía cada vez que estaba seriamente borracho. «No le ha sentado nada bien», pensó Silbermann. «Debió seguir en su cargo de procurador. Entonces era una persona digna de confianza, discreta y decente, un magnífico empleado. Pero no le sienta bien tener suerte. Si al menos no estropeará el negocio antes de cerrarlo. ¡Si no tuviera esa adicción al juego!». Silbermann frunció el ceño.

–La suerte lo ha vuelto ineficiente –murmuró con enfado.

Fue entonces cuando se acercó el camarero, tras haber estado buscándolo un buen rato en vano.

–¿Aquí se viene a esperar el tren o al camarero? –preguntó Silbermann en tono mordaz, pues era alérgico a to-

do cuanto oliera a desorden, y no estaba hoy de muy buen humor.

–Perdone –respondió el camarero–; es que en la sala de segunda clase un caballero se quejó porque creía estar sentado delante de un judío. Pero el hombre no era judío, sino sudamericano, y como sé algo de español, me llamaron a mí.

–Bueno, está bien –dijo Silbermann, levantándose. Apretó la boca hasta formar una finísima raya con ella, y sus ojos grises clavaron una mirada severa en el camarero, que otra vez intentó apaciguarlo.

–Se lo aseguro, el hombre no era un judío –insistió. Por lo visto, creía que su cliente era algún militante del Partido especialmente intransigente.

–No me interesa. ¿Ha partido ya el tren a Hamburgo?

El camarero miró al reloj instalado encima de la salida hacia los andenes.

–Las siete y veinte –dijo, como si pensara en voz alta–. El tren de Magdeburgo está saliendo ahora. El de Hamburgo parte a las siete y veinticuatro. Si se da prisa, podrá alcanzarlo. Ya me gustaría a mí poder echar a correr detrás de un tren, pero aquí... –dijo, y limpió con la servilleta algunas migas de pan dispersas sobre el mantel–. Lo mejor sería –añadió, retomando el tema anterior– que los judíos tuvieran que llevar algún brazalete amarillo. Así por lo menos no habría confusiones.

Silbermann lo observó.

–¿De veras es usted tan cruel? –preguntó en voz baja y lamentó sus palabras en el preciso instante en que las decía. El camarero lo miró como si no hubiese entendido bien. Por lo visto, estaba asombrado, pero no abrigaba sospecha alguna, ya que Silbermann no mostraba ninguno de los rasgos por los que, según los expertos en temas raciales, se reconocía a un judío.

–A mí me da igual –dijo el hombre por fin, con cautela–. Pero sería bueno para los demás. Mi cuñado, por ejem-

plo, tiene cierto aspecto de judío, aunque es ario, claro. Pero tiene que estar dando explicaciones y demostrándolo a cada momento. A la larga, no se le puede pedir tal cosa a una persona.

—No, tal vez no —admitió Silbermann, que pagó la cuenta y se marchó.

«Increíble», pensó. «Sencillamente increíble...».

Tras salir de la estación, Silbermann subió a un taxi y puso rumbo a su casa. Las calles estaban atestadas de gente y había hombres uniformados por todos lados. Los vendedores de periódicos voceaban los titulares de sus diarios, y a Silbermann le pareció que tenían buena acogida. Por un instante, valoró si se compraba o no un periódico, pero desistió, pues creía estar al tanto ya, por anticipado, de unas malas noticias que seguramente le incumbían.

Tras un breve trayecto en el taxi, se vio delante del edificio donde residía. La señora Friedrichs, la esposa del conserje, estaba en la escalera y lo saludó cortésmente; en cierto modo, a Silbermann le alegró que su comportamiento no hubiese variado. Mientras subía la escalera de mármol forrada con una alfombra de felpa roja, cobró otra vez conciencia —ideas que últimamente se habían convertido en un hábito— de lo irreal de su existencia.

«Vivo como si no fuese un judío», se dijo, sorprendido. «En este momento soy un ciudadano bajo amenaza, aunque aún tenga dinero y hasta ahora no me hayan tocado un pelo. ¿Cómo se llega a una situación así? Vivo en un piso moderno de seis dependencias. La gente me habla y trata como si fuera uno de ellos. Casi llego a sentir mala conciencia, pero, al mismo tiempo, me entran ganas de gritarles la verdad —que soy judío, que formo parte de los otros— a esos embusteros, que actúan como si continuara siendo lo que he sido hasta ahora. ¿Qué fui? O mejor dicho: ¿Qué soy? ¿Qué soy en realidad? ¡Un insulto con patas! ¡Y nadie nota que lo soy!

»Ya no tengo derechos. Sólo por decencia, o por hábito, muchos hacen como si los tuviera. Mi existencia se basa únicamente en la mala memoria de aquellos que la quieren destruir de forma definitiva. Me han olvidado; de hecho, ya me han degradado, sólo que la degradación no se ha consumado aún de cara al público».

Silbermann se quitó el sombrero y saludó a la esposa del consejero privado Zänkel con un «¡Buenos días, estimada señora!», justo cuando ésta salía por la puerta de su vivienda.

–¿Qué tal está? –preguntó ella en tono afectuoso.

–En principio, bien. Y usted, ¿qué tal está?

–Bastante bien, gracias. Como corresponde a una señora de edad.

Cuando iba a despedirse, le tendió una mano a Silbermann.

–Tal vez sean tiempos difíciles para usted –dijo aún, con gesto de compasión–. Tiempos terribles...

Silbermann se limitó a mostrar una breve y atenta sonrisa que era a la vez cautelosa y reflexiva y no implicaba aprobación ni rechazo.

–En principio, nos han asignado un extraño papel... –dijo por fin.

–Pero también es una época grandiosa –dijo ella, a modo de consuelo–. Tal vez se cometa una injusticia con ustedes, pero por ello mismo deben mostrarse ustedes justos, comprensivos.

–¿No es eso pedir demasiado, estimada señora? –le preguntó Silbermann–. Yo, por cierto, ya ni pienso, he perdido la costumbre. De esa manera se lleva todo mejor.

–A usted nunca le harán nada –le aseguró ella y dio un golpe resuelto en el peldaño con el paraguas que su diestra sostenía con firmeza, como insinuando que ella no permitiría que lo molestaran. A continuación, hizo un gesto para darle ánimos y pasó por su lado.

Al llegar a su apartamento, Silbermann le preguntó de inmediato a la sirvienta si el señor Findler había llegado ya. La mujer asintió, y Silbermann, tras haber dejado el sombrero y el abrigo, entró al despacho en el que lo esperaba su huésped.

Theo Findler estaba de pie delante de un cuadro que contemplaba con evidente mal humor. Cuando oyó que la puerta se abría, se dio rápidamente la vuelta y dedicó una sonrisa al que entraba.

—¿Y bien? —preguntó, y frunció el ceño, como hacía cada vez que hablaba, lo cual le marcaba en la frente unas arrugas profundas que, según él, le conferían cierta importancia—. ¿Cómo está usted, querido? Temía ya que le hubiese ocurrido algo. Uno nunca sabe... ¿Ha pensado en mi última oferta? ¿Cómo está su esposa? Aún no la he visto hoy. Y Becker se habrá marchado a Hamburgo, ¿no?

Findler inspiró profundamente, estaba a punto de iniciar uno de sus monólogos.

—¡Ustedes dos son gente eficiente de la que uno puede aprender mucho! Ese Becker tiene un cerebritito de judío. ¡Jajajaja! ¡Lo conseguirá, lo conseguirá! Yo, con muchísimo gusto, habría participado en ese negocio, pero quien llega tarde, llega tarde, ¿no? Por cierto, ¿de dónde ha sacado ese cuadro horrible? No entiendo cómo puede alguien colgar un cuadro así. Ya no hay orden en las cosas. Ustedes son todos bolcheviques de la cultura. No crea que voy a añadir ni un solo billete de mil marcos a mi última oferta. De eso nada. No podría. Me toma usted por un hombre rico. Todos lo hacen. Si al menos supiera cómo la gente puede pensar algo así. ¡Pero si hasta los impuestos debo todavía! Y hablando de impuestos, ¿no podría conseguirme o recomendarme a un gestor fiscal competente? Entiendo algo del asunto, pero no tengo tiempo para ocuparme de ello como debiera. Ah, los impuestos, esos malditos impuestos. ¿Es que voy a sostener yo solo a todo el Reich? ¡Dígame! ¿No me dice nada? ¿Y bien? ¿Ha medita-

do ya sobre el asunto? ¿Acepta la oferta? En fin, creo que su mujer ha de tener algo en mí contra. No le he visto el pelo. Y no lo entiendo. ¿Acaso me toma a mal que no les hayamos saludado hace unas noches? Pero, caramba, ¡es que no podíamos! ¡Aquel local estaba lleno de nazis! Mi mujer me estuvo cuchicheando al oído que debíamos pasar a saludar. Pero la convencí de que Silbermann era un tipo sumamente razonable, demasiado quizá, que comprendería que no pudiera comprometerme por culpa suya. ¿Y bien? Dígame, Silbermann, hable de una vez. ¿Quiere vender la casa o no?

Findler parecía haber acabado de hablar; en todo caso miraba ahora a su interlocutor lleno de expectación. Los dos hombres tomaron asiento en torno a la mesa para fumadores, pero Findler se dejó caer en la butaca de un modo demasiado brusco, por lo que acabó frotándose la cadera izquierda con expresión concentrada y dolorida.

—Noventa mil —dijo entonces Silbermann, sin reaccionar a las muchas preguntas y comentarios que el otro, como bien sabía, había dejado caer de forma anticipada para confundirlo—. Treinta mil en efectivo, y el resto garantizado por una hipoteca de segundo grado.

Como si hubiese recibido una descarga eléctrica, Findler se sobresaltó.

—No me venga con historias —exclamó, casi en tono ofendido—. Dejemos de contarnos chistes. Quince mil ahora mismo sobre la mesa. ¿Me oye? ¡Qué ocurrencia! ¡Treinta mil marcos! ¿Sabe una cosa? Si a mí me sobraran treinta mil marcos, sabría hacer con ellos algo mejor que comprar su casa. ¡Treinta mil marcos!

—Pero calcule tan sólo la balanza favorable por los ingresos de renta. Dado que el precio de compra es de todos modos ridículo, al menos he de tener un anticipo decente. La casa tiene un valor de doscientos mil marcos, y usted la compra por...

–El valor, el valor... –lo interrumpió Findler–. ¿Cuál cree usted que es mi valor? No tengo ninguno. Ninguna persona podría pagar lo que valgo, y al mismo tiempo a nadie se le ocurriría poner sobre la mesa un billete de mil marcos por mí. No soy vendible. Y su casa está en la misma situación. ¡Jajajaja! ¡Silbermann, se lo digo como amigo! Le compro su casucha, pero si no lo hago yo, se la llevará el Gobierno, y éste no le dará ni un céntimo.

El teléfono sonó en la habitación contigua. Silbermann sopesó por un instante si debía responder él mismo. A continuación, se levantó, se disculpó con Findler y abandonó la habitación.

«Tal vez acepte», pensó mientras levantaba el auricular. «En el fondo, este Findler es un tipo relativamente decente».

–¿Sí, quién habla?

Era la central de llamadas de larga distancia.

–Manténgase al aparato, le llaman de París –dijo la fría voz de una telefonista. Silbermann, nervioso, encendió un cigarrillo.

–Elfriede –llamó a media voz.

Su esposa, quien, como suponía Silbermann, se había quedado en el salón, entró abriendo la puerta sin hacer ruido y cerrándola luego a sus espaldas.

–Buenos días, Elfriede –la saludó, cubriendo el teléfono con una mano–. He llegado hace cinco minutos, el señor Findler está ahí. ¿No quieres hablar con él?

Ella se le acercó y ambos intercambiaron un beso fugaz.

–Es Eduard –susurró Silbermann–. La llamada llega en el momento menos oportuno. Por favor, ve y charla un poco con Findler, de lo contrario nos oirá. Es casi un delito hablar por teléfono con París.

–Dale recuerdos a Eduard –le pidió ella–. Me gustaría tanto decirle unas palabras.

–Olvídalo –descartó él–. Ponen escuchas en todas las líneas, y eres demasiado poco precavida, hablarías de más.

–Pero podré decirle al menos buenos días a mi hijo, ¿no?

–Pues no, no puedes. Entiéndelo, por favor.

Ella lo miró con expresión suplicante.

–Sólo dos palabras –dijo ella–. Seré cuidadosa.

–No puede ser –dijo él, resolutivo–. ¡Hola! Hola... ¿Eduard? Buenos días, Eduard... –Silbermann señaló con la mano en dirección a la puerta del despacho. Su mujer salió–. Escucha –continuó–, ¿has podido conseguirnos ese permiso?

Hablaba muy despacio, sopesando cada palabra antes de pronunciarla.

–No –le respondió Eduard al otro extremo de la línea–. Resulta extremadamente difícil. No podéis confiar en que os lo concedan. Lo estoy intentando todo, pero...

Silbermann carraspeó. Creyó que debía mostrarse más enérgico.

–Eso no puede ser –dijo–. ¡O haces el esfuerzo o no lo haces! Ya deberías saber que el asunto es bastante serio. No me vale ese tono de desánimo.

–Sobrestimas mis posibilidades, papá –respondió Eduard, afectado–. Hace todavía seis meses, todo habría sido mucho más fácil. Pero entonces no quisiste. Y eso, a fin de cuentas, no es culpa mía.

–¿Nos vamos a poner a averiguar ahora quién tiene la culpa? –preguntó Silbermann, furioso–. Debes conseguir ese permiso. Puedo prescindir perfectamente de tus sabios consejos.

–Escucha, padre –dijo Eduard, indignado–. ¡Me pides que te baje una estrella del cielo, y ahora me increpas porque no he podido enviártela...! Pero, en fin, ¿cómo estáis? ¿Cómo está mamá? Salúdala de mi parte. Me habría gustado hablar con ella.

–Consigue ese permiso lo antes posible –dijo Silbermann, insistiendo otra vez–. ¡No pido nada más! Tu madre te manda su cariño. Pero, lamentablemente, ahora no puede ponerse.

–En fin, lo conseguiré –respondió Eduard–. Al menos lo intentaré todo.

Silbermann colgó.

«Es la primera vez en la vida que le pido algo a mi hijo», pensó disgustado, con cierta decepción. «¡Seguramente fracasará! Si tuviera algún amigo en París, alguien vinculado con el mundo de los negocios, me conseguiría el visado en un par de días, pero Eduard... No puedo pedirle eso. Sencillamente, no está acostumbrado a hacer nada por nosotros. Cuando uno, durante mucho tiempo, tiene a alguien que está siempre ahí para él, resulta difícil cambiar. Eduard está acostumbrado a que yo lo ayude, y ahora soy yo quien le pide ayuda. ¡Y esa nueva constelación no le complace!».

En ese momento, Silbermann sacudió la cabeza, avergonzado por sus reflexiones.

«Soy injusto», pensó. «Y, lo que es peor, me he puesto sentimental», se dijo, y regresó al despacho.

–Precisamente le estaba explicando a su mujer –le dijo Findler, dándole la bienvenida– que es muy poco prudente de su parte acudir a los antiguos locales. Si se encuentran allí con algún conocido mal dispuesto hacia ustedes, podrían tener grandes inconvenientes. Su esposa es aria, ella puede ir donde quiera, pero usted... Dios sabe que lo digo por su bien y sin estar de acuerdo con las circunstancias que hacen necesarios estos consejos. Lo mejor es que se queden en casa o en la casa de algún conocido. Es cierto que a usted no se le nota que sea judío, pero ¿para qué tentar al diablo? ¿Qué tal el señorito, su hijo? Espero que haya podido poner pies en polvorosa a tiempo. ¡Jajajaja! Qué tiempos tan locos, ¿no?

–Escúcheme, Findler –empezó diciendo Silbermann–. Le dejo la casa por veinte mil marcos de anticipo, así por fin podremos cerrar este trato.

–No diga tonterías. ¿Por qué querría usted tomarle el pelo al viejo Findler? En definitiva, en la frontera le quitarán el dinero. Por ser usted, estoy dispuesto tal vez a pagar un par de marcos por encima del valor que me merece esta choza. Pero no estoy dispuesto a regalarle nada al Estado, eso no.

–Bueno, por el momento no tengo intenciones de abandonar Alemania.

–Ah, muchachos, hagan lo que quieran. De verdad que les deseo algo mejor que las actuales circunstancias. La sangre de los judíos cohesiona ahora al pueblo alemán. ¿Por qué mi amigo Silbermann iba a servir de pegamento? No lo entiendo. Que se salve quien pueda. Eso lo entiendo.

–¿No piensa que están cometiendo un crimen monstruoso contra los judíos? –preguntó la señora Silbermann, a la que aquella frase («La sangre de los judíos cohesiona ahora al pueblo alemán») había horrorizado profundamente. Elfriede no perdía la costumbre de buscar un sentido moral en cualquier acontecimiento.

–Sin duda –dijo Findler con sequedad–. Pasan muchas cosas malas en el mundo. Y también algunas buenas. A veces les toca a unos, a veces a otros. Uno es tísico, el otro es judío, y los más desgraciados son las dos cosas a la vez. Así es. ¿A que no se imaginan la mala pata que he tenido en la vida? No se puede hacer nada.

–Sabía, señor Findler –dijo la señora Silbermann–, que no era usted persona de mucho tacto, pero que muestre un alma tan fría, tan... –dijo, atragantándose con la palabra «brutal»–, tan indiferente, es algo nuevo para mí.

Findler sonrió, impasible.

–Quiero a mi esposa y a mi pequeña hija. Con el resto de la humanidad sólo hago negocios. He ahí, en resumi-